

ENTREVISTA

# IGNACIO DEL MORAL

“Este Mihura se finge inocente, confiando en crear un espejismo que sirva de consuelo a otros”

*Creo que, ante todo, Mihura es un humorista singular, sorprendente y con una voz propia y reconocible, a ratos genial; y sus valores como malabarista de las palabras y los conceptos, como creador de chistes y paradojas son casi siempre superiores a su calidad como constructor de obras dramáticas. Así define Ignacio del Moral, responsable de la dramaturgia de esta producción del Centro Dramático Nacional, al autor madrileño fallecido en 1977. Del Moral confiesa que no ha tenido la pretensión de exhumar en esta obra a un Mihura prototípico, sino al que está tras los perplejos personajes de la función. He creído entrever, a través de sus textos, tanto los dramáticos como los narrativos o periodísticos, un Mihura que puede o no corresponder a la realidad, pero que me conmueve como personaje y que me sirve de armazón sentimental a esta selección de escenas y textos que constituyen la principal materia literaria de este espectáculo.*

*El Mihura que de forma indirecta sugiere esta propuesta, uno de los muchos mihuras posibles, es el escritor plenamente y dolorosamente consciente del mundo que le ha tocado vivir; plena y dolorosamente consciente de que no le gusta ese mundo, ese mundo que no tiene nada que ver con lo que esperaba encontrarse cuando asomó a la vida; plena y dolorosamente consciente de que la fe y la inocencia son valores difíciles o imposibles de mantener intactos; y siendo plena y dolorosamente consciente de esta imposibilidad, opta por la ficción, por el fingimiento de esa inocencia. Este Mihura se finge inocente, confiando en crear un espejismo que sirva de consuelo a otros. Es un Mihura que ha optado por una actitud, celebrada por algunos, reprobada por otros, pero que ejerce su opción con esfuerzo y cada vez con más dificultad, señala Ignacio del Moral.*

*El dramaturgo apunta que esta obra tiene algo de Esperando a Godot, pero también de Seis personajes (muchos más personajes en este caso) en busca de autor, de El ángel exterminador y, por supuesto, del propio mundo de Mihura. Hemos tratado de reflexionar siquiera levemente y de puntillas, intentando no interferir demasiado la ceremonia de la risa, sobre un tema que a todos los escritores que amamos el humor nos inquieta: ¿cómo enfrentar la risa al horror?*

*Según del Moral es bastante probable que el siglo XX no haya sido, en realidad, más terrible que cualquiera de los anteriores. Lo que sí está claro es que nos pilla más cerca y, sobre todo, que hemos podido tener noticia detallada y puntual de todos y cada uno de los sucesos tremendos que durante*

*el acaecieron. En un mundo así, es muy difícil y a la vez imprescindible mantener ámbitos de relajación, de reconciliación con nuestra forma de vida. Y tal fue la misión que se autoencomendaron, algunos escritores que quisieron ofrecer en su obra algo de esa necesaria bocanada de aire fresco, de indulgencia y poesía. Creo que Mihura es uno de ellos. En un mundo terrible, en ese siglo que él vivió en su segmento quizá más convulso, la actitud de Mihura como escritor es la de no dejarse llevar por el pesimismo y tratar de rescatar los elementos de humor y poesía que, incluso en las circunstancias más terribles, sobreviven al desastre. Tanto al desastre mayúsculo del cataclismo como el pequeño desastre diario en el que las ilusiones y esperanzas van siendo minadas por la cicatería de la cotidianidad, la tiranía de lo anodino, la carcoma de la mezquindad.*

*Para el dramaturgo, ésta puede ser una actitud escapista, discutible, que suscita algunas reflexiones: ¿Es ético renunciar al potencial subversivo del humor, y limitarse a jugar con las palabras y los conceptos, sin más pretensión que el regocijo?*

*Según Ignacio del Moral cada acto de escritura es una respuesta, o más bien una repregunta a estas preguntas. Respuestas que pueden ser contradictorias incluso dentro de la trayectoria de cada uno. ¿Qué es el humor? ¿Qué función tiene? Lo que parece cierto es que el humor artístico no goza de buena salud en nuestra época, especialmente en el teatro. Proliferan los cómicos de bar con insulsos y clónicos monólogos. Y abunda el supuesto humor, agresivo y obvio, donde la inteligencia entre el espectador y el escenario, ese sutil pacto de sobreentendidos y claves comunes de cuya alteración surge la risa, es un bien escaso.*

*Por eso, trabajar sobre los textos de Mihura produce al dramaturgo un terapéutico efecto de reconocimiento y reconciliación con nuestro arte. Porque son textos que proponen un pacto de humor entre inteligencias, donde la risa procede de la captación de las paradojas, no del efecto grotesco y subrayado. Ese efecto es el que, por encima de cualquier otra consideración, tratamos de hacer llegar de nuevo, en esta pieza. Para algunos supondrá la recuperación del viejo humor, ese que resonaba en La Codorniz, claro, pero también en los antiguos tebeos de Burguesa. Para otros, supondrá el descubrimiento de una forma de refr distinta, una risa que no va contra nadie. Prácticamente todo lo que se dice en el escenario es Mihura. Suyas son las virtudes. Nuestros, seguramente, los defectos, concluye.*